

CARTAS DESDE EL MUNDO

Escritores eternos

Como ustedes ya saben, soy un lector Cempedernido. Gracias, mamá. Desde hace un tiempo, he tomado la decisión de releer más y arriesgar menos. Lo que estoy descubriendo, no sin sorpresa, es que algunos escritores que me gustaron en su día han dejado de entusiasmarme. Supongo que esto es normal, vamos evolucionando, pero a mí me llama la atención. *La vida exagerada de Martín Romaña*, del peruano Bryce Echenique, no pude terminarlo esta vez, mas recuerdo bien mis carcajadas cuando lo leí hace unos veinte años. Y ahora pienso: «Pero ¿de qué me reía yo?». Con otros libros, como *El juguete rabioso*, de Roberto Arlt, me he llevado parecida desilusión. Y así con muchos más. Pero hay otros libros que no solo me siguen gustando, sino que en esta segunda o tercera lectura he disfrutado de nuevos deleites, me he maravillado aún más ante el genio de su autor. Estoy probando esto con todos los rusos, con un poco de temor a que me suceda lo que cuento, Temor infundado. Dostoyevski es cada vez mejor (*Apuntes del subsuelo* es una excelente muestra, magistralmente escrita, del funcionamiento de la mente); Bulgákov no podía escribir con más talento (*Los huevos fatales* me ha vuelto a quitar horas de sue-

ño); Chéjov me provoca aún más impresiones que antes; Pushkin no se mueve un milímetro de la perfección; Tiútchev emociona como el primer día; Ajmátova te congela y te en nubarrona un claro día de verano con su tristeza; Turguénev sigue con el mismo estilo depurado y su maestría en el relato largo. También me sucede un tanto con nuestros clásicos: cada relectura de Cervantes es un acontecimiento literario en sí mismo; con Quevedo gozas; con Góngora piensas mientras disfrutas; con Lope vuelas; asombra lo que entendió el ilustre San Juan de la Cruz, y de qué manera nos lo contó; Larra me crea adicción; con Bécquer vuelves a lo mejor de la adolescencia y te emocionas; Baroja me sigue encantando; a Unamuno le veo cada vez más mérito; Azorín es proteína pura para la mente cansada; Ramón Gómez de la Serna bautizó todo lo que existe con su genio bendito. Los libros de Manuel García Viñó están escritos para ser leídos una y otra vez. Saliendo de España y Rusia, me sigo quedando con Kafka, para mí el mejor novelista puro hasta la fecha; Hesse, por fortuna, no me ha cambiado. Todo esto me sucede con la literatura. Si paso a filosofía, ensayo o historia, es otro cantar y veo todo con más objetividad.

HOY...**DESDE RUSIA****RAÚL CEJUDO****[LICENCIADO EN DERECHO]**

Raúl Cejudo (Burgos, 1973) es licenciado en Derecho. Vive y trabaja en Moscú, donde en la actualidad ejerce como abogado en un prestigioso gabinete jurídico capitalino.



Los griegos no pasan de moda, veo en forma a Platón, dialogo con Sócrates y hago más las dudas de Aristóteles. Santo Tomás es ideal para leer de noche, con helada sería, de más de 25 grados. Montesquieu está de más actualidad que nunca, aunque aquel mediocre vicepresidente del gobierno tratase de enterrarlo por siempre (y lo consiguiera, al menos en España). Tocqueville, Maquiavelo, Hume, Spinoza, Kant, Nietzsche, Comte, Suárez, Gramsci, C. Schmitt, Ortega, G. Bruno, Antonio García Trevijano (un genial filósofo de la política que está vivo y coleando). Hay tanto y tan bueno que tengo para rato. No importa dónde esté, mientras tenga libros para leer. Es lo único sin lo que no puedo vivir. Otro motivo por el cual me gusta vivir en Rusia es el amor de sus habitantes por los libros. Tienen un dicho con el que no puedo estar más de acuerdo: «Hay regalos buenos, regalos buenísimos, regalos excelentes y, después, están los libros». En el metro la mayoría va leyendo. Los hay que no pueden parar ni siquiera cuando caminan. Las librerías están llenas, los rusos gozan con los libros; los aman, respetan, valoran y atesoran. Y presumen de sus bibliotecas, tengan éstas diez ejemplares o veinte mil.